

cho, conserva su decoro, tiene tranquila su conciencia, y sirve al país de la manera que puede servirle, y sin necesidad de buscarse envidias ó acusaciones innmerecidas.

Agregaremos otra observación, y ésto por honor de nuestra patria. En las naciones de Europa, el Clero, sea protestante ó católico, no está privado del voto pasivo. Francia es una nación civilizada, progresista: pues bien, hace pocos años que la asamblea francesa recibió en su seno, y por elección popular, á un religioso dominico, el R. P. Fr. Domingo Lacordaire. Este padre se presentaba en la asamblea con el hábito dominico, y los progresistas franceses escucharon, más de una vez, los elocuentes discursos del P. Lacordaire, que, si en el púlpito sabia dirigir al pueblo la sagrada palabra, en la asamblea nacional pronunciaba discursos floridos que el pueblo aplaudia y que la asamblea respetaba.

En la República Norte-Americana los ministros de los cultos, sean protestantes ó católicos, están habilitados por la ley, para poder obtener el voto pasivo de sus conciudadanos. Nuestros vecinos los Norte-Americanos, algo nos enseñan que pndiéramos aprender.

OPORTUNA OBSERVACION.

Los que hayan leído la obra del Sr. Bouvet, de la cual se trata en este opúsculo, habrán advertido que dicho señor atacó al Catolicismo, y de una manera muy directa, al Jefe de la Iglesia, al Soberano Pontífice. Los principales ataques son dirigidos contra varios puntos de la doctrina y de la moral católicas; pero tambien atacó á los Papas como Soberanos temporales de los Estados Pontificios.

Es cuestion suficientemente dilucidada la que trata del derecho legítimo con que los Papas gobernaron temporalmente algunas ciudades de la Italia, y nada nuevo podemos decir respecto de un punto que peritos autores han tratado con maestría.

O los adversarios del gobierno temporal han pensado bien los argumentos que los católicos oponen á sus opiniones, ó los han visto con indiferencia; mas como no podemos decir ésto, se sigue que ellos han desatendido la fuerza de las razones que mili-

tan en favor del gobierno temporal de los Papas, de su legitimidad, y del buen modo con que supieron gobernar. No reproduciremos aquellas razones, porque su reproduccion seria inútil, puesto que siempre ha de triunfar el derecho del más fuerte.

No está, sin embargo, por demas, recordar á los lectores que, miéntras los Papas gobernaron temporalmente, procuraron trabajar con decidido empeño en bien de sus gobernados. A tal empeño debe Roma la existencia de muchos establecimientos públicos de notoria utilidad. Escuelas, colegios, universidades, y todo cuanto pudo contribuir al fomento de la instruccion pública, fué objeto de predileccion para los Soberanos Pontífices. Ni aún omitieron hacer construir aquellos edificios en los cuales el pueblo romano pudo encontrar honesta recreacion; tales son los teatros y otros lugares de diversiones públicas. En cuanto á beneficencia, tomada esta palabra en sentido escrito, sabido es que los Papas fundaron hospitales y hospicios. En los primeros, la humanidad doliente encontró siempre un refugio para sus desgracias. En los segundos, la niñez y la juventud desvalidas tuvieron un asilo protector en su infortunio. El autor del presente libro no ha tenido el honor de visitar la ciudad santa; pero ha estudiado suficientemente su historia, escrita por autores fidedignos, y en ella ha leído lo que al presente recuerda.

Todos saben que Su Santidad el Sr. Pio IX, fundó en la ciudad de Roma el hospicio de Tata Giovani; que durante su largo y glorioso Pontificado, protegió con liberalidad aquel establecimiento, el cual visitaba frecuentemente, manifestando suma complacencia en tratar con los pobrecitos niños que allí recibian educacion, y que miraban en su augusto protector al ángel bienhechor de sus destinos.

Retirado el Sumo Pontífice del gobierno temporal; consagrado exclusivamente al gobierno espiritual de la Iglesia católica, siempre tuvo vigilancia paternal, en cuanto le era posible, por los establecimientos de beneficencia que sus predecesores habian fundado, y él conservado con esmerado empeño. Los que conocieron personalmente al venerable Pontífice, de santa memoria, dan testimonio de su acrisolada caridad, de su exquisita beneficencia. Los que no tuvimos el honor de conocerle personalmente, sabemos cuáles fueron las virtudes que adornaron al digno Sucesor del Sr. Gregorio XVI, y conocemos aquellas virtudes, porque las han referido historiadores imparciales, incluso algunos protestantes.

Como una prueba del respeto que la Santa Sede supo inspirar, aún á los Soberanos que no eran católicos, recordaremos el hecho que la historia cuenta, y es que el gran Sultan fué á la ciudad de Roma, con el objeto exclusivo de visitar al Sr. Pio IX, á quien presentó valiosos regalos, que el Sumo Pontí

fice rehusó aceptar, no por soberbia, sino por un efecto de humildad apostólica. El Soberano musulman supo estimar el desprendimiento generoso del Jefe de la Iglesia católica, y cuando estuvo en su país, hizo merecidos elogios del Sr. Pio IX.

Es un hecho, pues, que algunos soberanos temporales, aunque no eran católicos, guardaron consideraciones á la Santa Sede, y muy distinguidos respetos á la persona del Padre Santo. Actualmente algunas naciones, aunque han reconocido el gobierno de Víctor Manuel y de su sucesor, no han creído degradarse mandando sus representantes cerca de la Santa Sede, representantes que han sabido estimar el alto rango de los Sumos Pontífices. México hace tiempo que no tiene un representante cerca de la Santa Sede. La República nada perdería imitando á otros pueblos que, aunque no son católicos, tienen sus representantes inmediatos al Papa.

CONCLUSION.

En las primeras páginas de este opúsculo, su autor dijo que, si en lo que escribía se contenía algun error, era involuntario, y por tanto lo retractaba. Ahora repite la misma protesta, y repite tambien lo que dijo en el prólogo, á saber, que cuanto escribía quedaba sujeto á exámen y censura de los Illmos. Sres. Obispos, á quienes reconoce y respeta como jueces competentes en materias de Fé.

En cuanto á los otros defectos gramaticales ó ideológicos que el opúsculo tenga, y que los sabios y literatos encuentren, á ellos suplica tengan la bondad de indicarle aquellos defectos, para que los corrija inmediatamente, y conforme á las indicaciones que se le hagan.

El autor advierte, además, que en la obra del Sr. Bouvet, de la cual se ha ocupado, le pareció podía refutar aquellos lugares que ya quedan copiados; pero la obra del ilustrado autor contiene aún otras